

Lo que sea de cada quien

Alejandro con equis

Vicente Leñero

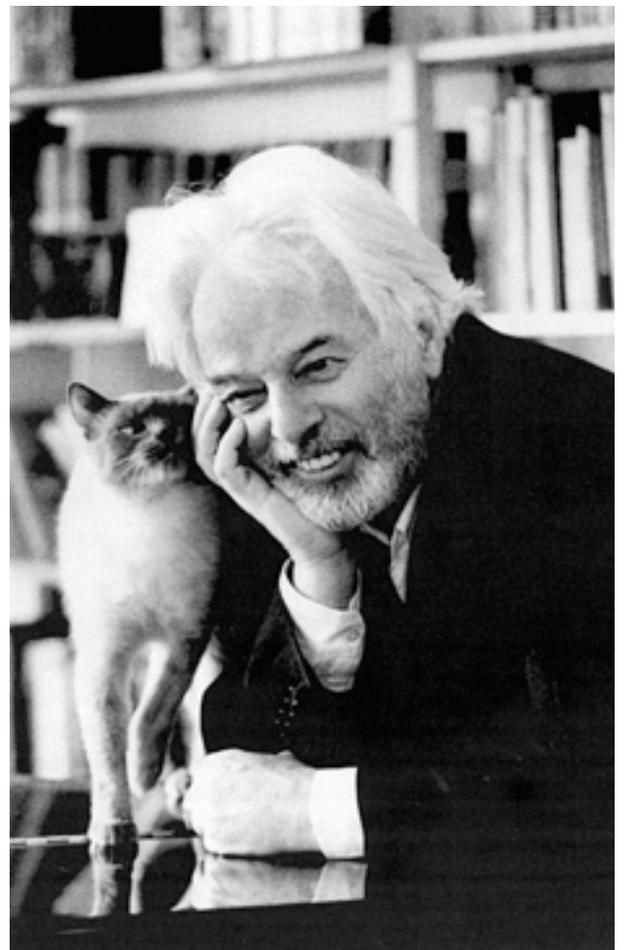
Con este texto, Vicente Leñero —autor de una vasta obra que incluye la narrativa, la crónica, la dramaturgia y el guionismo— inaugura su sección Lo que sea de cada quien que, estamos seguros, enriquecerá aún más el contenido de la Revista de la Universidad de México y nuestra literatura en general.

En la entrada del auditorio de Ciencias, en la Ciudad Universitaria, Alejandro Jodorowsky se erguía de pie con un saco largo, anaranjado, que le llegaba casi al suelo, como los de Sergio Leone.

Ya no era el Alejandro mimo, discípulo de Marcel Ma rceau, que nos descubrió a Ionesco y a todos los del absurdo en el teatrillo de La Esfera, en el Ródano, en el Jesús Urueta, en el JiménezRueda, en el Xola; pero seguía siendo el Alejandro de los escándalos cuando encueraba a todo el elenco en *Zaratustra*, cuando destruía pianos en su programa de televisión, cuando degollaba gallinas o destazaba vacas en su foro privado frente a un público exquisito, cuando filmaba películas escandalosas: *Fando y Lis*, *El topo*, *Santa sangre*.

En la entrada del auditorio de Ciencias, en la Ciudad Universitaria, Alejandro Jodorowsky se erguía de pie con un saco largo, anaranjado, que le llegaba casi al suelo, como los de Sergio Leone. Había convocado a una *mesa redonda con intelectuales* —anunciaba en los programas— y con la presencia *extraordinaria* del grupo rockero de Javier Batis.

Ceremonioso como un mayordomo de película en blanco y negro, Alejandro recibía a los ponentes advirtiéndonos que por favor no fuéramos a ocupar de inmediato nuestros lugares frente a la mesa larga, solem-



Alejandro Jodorowsky con uno de sus gatos



Cartel de la obra de teatro *Zaratustra*, México, 1976

ne, de carpeta inevitable, que se extendía en el centro del foro.

Éramos cinco los convocados: Gustavo Sainz, José Agustín, Juan José Gurrola —envuelto en su draculina capa española—, Luis Guillermo Piazza y el de la voz.

Los asistentes, de facha estudiantil en su mayoría, entraban y entraban al auditorio para repletar la butaquería inclinada en pendiente de treinta grados, mientras nosotros aguardábamos entre bastidores a la espera de que Alexandro nos presentara e hiciera entrar, uno a uno, en el papel de *vedettes* pueblerinas. Él era el coordinador de la mesa, el maestro de ceremonias del espectáculo, erguido ahora en el proscenio con micrófono en mano. El conjunto de Javier Batis nos quedaba al frente, apelotonado sobre un templete en la butaquería.

Luego de una larga explicación dirigida al público en la que enfatizó sus propósitos innovadores y su afán por romper con la solemnidad de las tradicionales con-

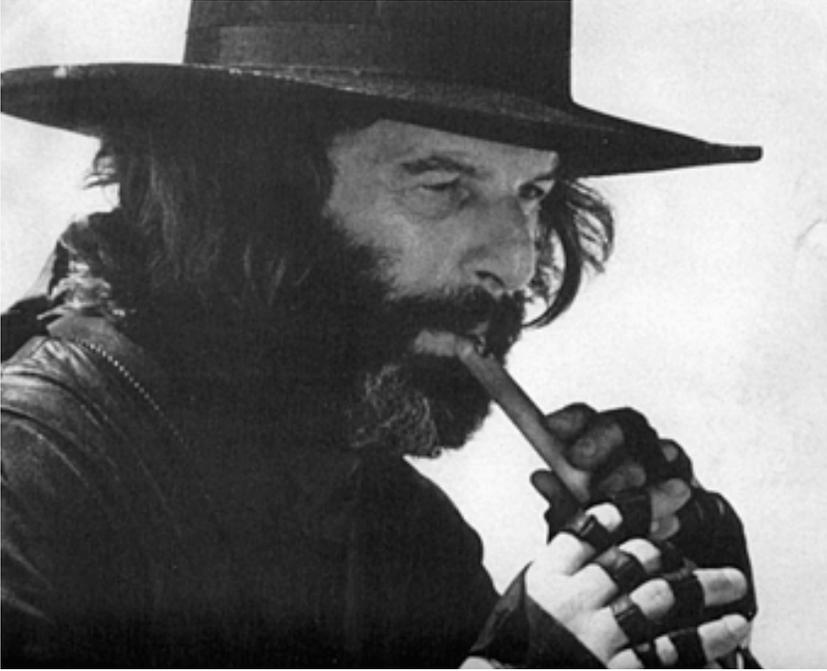
ferencias en grupo, Alexandro llenó de apelativos extravagantes al primero de los ponentes a la manera de una fiesta de barriada:

—¡Con ustedes, señoras y señores, el ínclito escritor, el irreverente chupatintas de la literatura mexicana, el sensacional novelista Gustavo Sainz!

Y entre la escandalera estudiantil y la batería horri-sona del conjunto de Batis, Gustavo Sainz cruzó el foro ademanando con los brazos en alto y retorciendo el cuerpo como contorsionista de circo. Ya se había hecho cómplice, desde ese primer momento, de las excen-tricidades de Alexandro.

Empecé a temblar de miedo tras la cortina que nos aforaba. Al estilo tradicional, yo traía en la chamarra cuatro cuartillitas dobladas sobre *El dramaturgo y su compromiso político*, y no me sentía con ánimos para cruzar el foro como lo hizo Gustavo, menos como llegó José Agustín hasta la mesa, dando brinquitos de cha-

En el auditorio de Ciencias, en la Ciudad Universitaria, Jodorowsky se erguía de pie con un saco largo, anaranjado, que le llegaba casi al suelo, como los de Sergio Leone.



Alejandro Jodorowsky en *El topo*

pulín. También me sentía incapaz de leer en algún momento mis cuartillas en ese ambiente ya de entrada estruendoso por los platillazos de Batis y los gritos de chunga de un público dispuesto al relajo. Lo que debía hacer era huir, huir ya, de inmediato.

No lo hice. No recuerdo siquiera lo que dijo de mí el pinche Alexandro mientras me escurría hasta el extremo más próximo de la mesa donde quedé sentado junto a Juan José Gurrola. Éste se defendía por su parte manipulando la capa española y extrayendo de sus pliegues —mago de feria experto en ocultar el truco— una anforita de la que se puso a beber, a trancos, desde el principio de la ceremonia.

—Antes de dar la palabra a cada uno de los intelectuales reunidos —mintió Alexandro—, yo quiero hacer público aquí, frente a la comunidad universitaria, una propuesta de reconciliación con el maestro de maestros, con el incansable explorador de la escena, con el admirabilísimo profeta del teatro, Juan José Gurrola. Nos hemos distanciado por pendejadas, por dimes y diretes, por chismes irresponsables del gremio escénico, pero esta noche debe ser la gran noche de nuestra reconciliación. ¡Música, Javier! ¡Venga la música!

Gurrola se había agachado al ras de la carpeta verde para beber de su anforita y sorprendido, atónito por las invocaciones de Alexandro, atornilló rápidamente la tapa, me pasó la anforita por debajo de la mesa y se enderezó como un sapo gigante. Luego, maniobrando la capa española igual que don Gonzalo del *Tenorio*, se lanzó al foro para bailar en brazos de Alexandro.

Debo huir, debo huir pronto, ahora mismo.

Alexandro y Gurrola bailaron un tango arrastradito, un danzón cadencioso, un *rock* alucinante, sin dejar de bailar, bajo el estrépito de los músicos enloquecidos; el coordinador de la mesa redonda invitó a toda la audiencia a bailar también en sus lugares, encima de las butacas, en los pasillos, donde quisieran o pudieran.

—¡También ustedes bailen! —les gritó a los ponentes—. ¡Trépanse arriba de la mesa, trépanse! ¡Todos a bailar! ¡Ésta es la mejor forma de dar una conferencia!, ¡con el júbilo del baile!, ¡con el reventón de la cultura!

Un hombre canoso, empleado de mantenimiento en el auditorio de Ciencias, subió rápidamente al foro asustadísimo. Suplicaba:

—En la mesa no, muchachos; en la mesa no. Está prohibido. Van a ensuciar la carpeta. La van a destruir. Por favor.

Ni quien le hiciera caso al infeliz. Ya estaba Gustavo Sainz sobre la carpeta verde zangoloteándose; ya quebraba la cintura José Agustín de aquí para allá mientras el auditorio se transformaba en el teatro de un aquarelle que se prolongó durante horas, según me dijeron después.

Tuvieron que llegar autoridades de rectoría y trabajadores del sindicato universitario para frenar el desmadre.

Nunca me enteré bien a bien cómo concluyó aquella “mesa redonda”. Piazza y yo nos habíamos arrinconado primero en el pasillo bajo el proscenio y casi de inmediato escapé sin atender los gritos de Alexandro:

—¡Baila! ¡No te vayas! ¡No seas cobarde!

No volví a encontrarme en persona con Alexandro Jodorowsky. Dejó el teatro, se fue del país, se convirtió en chamán. De vez en cuando regresa a México a presentar sus libros y a dar conferencias tradicionales sobre psicomagia. Ya es un viejo como yo. [1]

No volví a encontrarme en persona con Jodorowsky.
Dejó el teatro, se fue del país, se convirtió
en chamán. Ya es un viejo como yo.